

La hamaca tendida

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

La cabaña, propiamente dicha, estaba construída a cuatro metros sobre el nivel de la arena. No le faltaba un buen anclaje, sinembargo. La habían afirmado con bastante solidez sobre cuatro troncos de palma eterna, que durarían todavía sin podrirse medio siglo. De este modo la vivienda, parada sobre sus zancos, sin nada que la protegiese entre ellos de la intemperie, invadida por debajo de una triste maleza, seguía resistiéndolo todo: hasta la superstición y la soledad.

Tendíase sobre la suelta desigualdad de la arena, en medio de los oscuros pilares, una especie de batatilla silvestre, de recios bejucos y acorazonadas hojas, florecida a veces aquí y allá en trompetillas violáceas que se ofrecían sin esperanza, a ras de tierra, porque la mata rastrera desdeñaba trepar por las columnas y se contentaba con tapizar de verde amarillento aquella playa de mar perpetuamente mordida por la fatal voracidad de la ola.

Mientras subía, cauteloso, precedido del negro Dimas, los peldaños de aquella vieja escalera de mano que no me inspiraba mucha confianza, iba yo pensando en el dueño ausente de la cabaña.

Lo había conocido diez años atrás en la aldea indígena y negra de Jurubidá, equidistante de Tibugá y de Nuquí, en el ancho golfo chocoano que lleva el penúltimo nombre. Allí vivía el individuo. Hacia el lado norte del caserío, más allá del gran promontorio roqueño, erizado de negros arrecifes y amenazadoras rompientes, se abría sorprendentemente la apacible ensenada de Rafael Vásquez. Era —en una extensión de medio kilómetro tal vez— el único sitio practicable de aquella escarpada orilla.

Allí estaba siempre atracada la canoa a motor del paisano Vásquez. El hombre, al parecer, se ocupaba en montar una plantación de banano. Pero la actividad era escasa. Media docena, a lo sumo, de hacheros de Nuquí, se ocupaba desganadamente, de prolongar las obras que apenas sí cubrían ocho o diez hectáreas en la virginidad de la selva. Nadie parecía ocuparse de ellos en forma seria.

A menos de una cuadra del embarcadero, había una casita de palma y cañabrava, primorosamente construída. En ella no vivía nadie más que

el colono. Un hombre como de treinta y dos años, alto, pesado, enorme, de aborascada cabeza pelinegra y tremenda barba tupidísima. De entre todo aquel conjunto piloso, la boca medio escondida solo se revelaba por el grueso labio inferior, un tanto saliente, y por la ausencia de dos caninos en la maltratada dentadura.

Supe entonces que aquella empresa bananera constituía la última quimera del paisa Vásquez. No hablaba más que de ella pero nunca hacía nada. La tierra era estupenda para aquel cultivo, pero como si no lo fuera. Aquel hombrón de ciento sesenta kilos, planeaba, decía, proyectaba, pero nunca ponía realmente nada por obra. En la "fundación" se habían empleado ya varios centenares de miles de pesos.

Los enviaban —ciegas creyentes en las fantasías de Rafael Vásquez— dos viejecitas solteras, tías suyas y ya casi indigentes, para quienes las plantaciones bananeras de Jurubidá eran un inmenso imperio agrícola que algún día verían ellas antes de morir.

Nunca lo vieron, claro está. Por un año, por dos, por cinco acaso, el paisa Vásquez tuvo colgada su hamaca en el corredor de la casita, frente a su pequeña ensenada particular. Bebía lenta, continua, concienzudamente. Allí estaba, tendido, cuando la última gente se marchó. Pagó a medias o no pagó nada porque ya nada tenía. Estaba borracho. Y lo estaba también cuando, de algún modo, vino a saber que las tías habían muerto... Qué lejano, que vago, qué confuso era todo aquello: las viejecitas, el dinero, los plantadores de guineo...

* * *

Como con frecuencia le ocurría, experimentó un sentimiento de piedad de sí mismo. Esa misma piedad blanda y egoísta que a través de sus andanzas y frustraciones fue siempre como un vago empeño de justificación íntima. Un hallarse siempre en falta consigo mismo, sin posibilidad de culpar a nadie de sus fracasos, sin asidero para las protestas ni pretexto alguno para quejarse de alguien sobre la tierra. Su auto-piedad caía así en el vacío, relajante y oscura, más desmoralizadora cuanto más confusa.

Siempre fue así.

Nunca una noción fuerte y concreta sino, al contrario, una propensión evasiva, irrazonada, de hombre a la defensiva, en deuda perpetua consigo mismo y con unas personas de absurda bondad que jamás requirieron compensación alguna más que en la parvedad del lejano afecto.

Un afecto tímido, entregado por parte de ellas —como el dinero y la ternura— con una especie de temor, en prodigalidad y silencio sin medida, como si a Vásquez se le indemnizase, huérfano como era desde la primera infancia, de alguna deuda secreta y suprema que nunca podía ser cancelada.

¿Secreta? No. Ni era por completo una deuda o, por lo menos, una deuda personal de ellas. Pero fue como si asumieran la responsabilidad de saldarla con respecto al sobrino, en el día y a la hora misma de aque-

lla mañana innombrable, signada de sangre y misterio, en que a los padres de Rafael Vásquez —seis meses escasos después del nacimiento del hijo único— se les encontró degollados en su propia alcoba.

Nadie supo entonces ni nunca los orígenes de un hecho tal. Se trataba de una joven, rica y envidiada pareja a quien todos tenían por venturosa. Solo eso para mayor desconcierto. Y una navaja de barba, abierta y ensangrentada, sobre la alfombra, al pie del lecho conyugal, con las huellas digitales del marido sobre el carey chapeado de la empuñadura.

¿Lo supo alguna vez el hijo? ¿Y qué fue, en tal caso, lo que supo? Comoquiera que ocurriese, la verdad estuvo siempre oculta. Tenazmente oculta, esquiva, inaprehensible, mediante un cerco de elusiones y de silencios.

A Rafael lo llevaron durante dos de sus primeros años a casa de un tío abuelo, solterón y un tanto excéntrico que, retirado al campo con una hermana viuda, cuidaba personalmente de sus dilatadas tierras de pastoreo a la orilla del Cauca antioqueño.

Un día —quizá tendría entonces cuatro años— mientras aprendía a manejar en la hacienda su pequeña yegua retinta, al cuidado del tío que se la conducía de cabestro, él le contó simplemente, como quien refiere una vieja historia de todos sabida, que sus padres habían muerto en un accidente de tránsito...

¿Pero quién puede saber si esa fue, en fin, para Rafael, la “verdad definitiva”?

Con el objeto de que siempre lo fuera, cuando cumplió diez años, las dos hermanas solteras de su padre lo mandaron a Londres.

* * *

La tía Mercedes... La dulce tía Carmen Teresa... Era como si nadie más de su sangre hubiera existido en el mundo. Y, además, una especie de tabú sobre ciertos temas, sobre ciertos nombres. En la vieja casa de San Benito donde ellas vivieron siempre solas, un ambiente especial, casi una cohibida atmósfera. Antiguos muebles, habitaciones espaciosas, amplios corredores cubiertos de ladrillos rojos. Redondas columnas de madera fina. Un jardín de clavellinas y rosales. Una huerta de frutales, inmensa, protegida por altos muros de tierra apisonada, con higueras añosas y papayos de aroma...

Dos años atrás, de regreso de Puerto Rico, Rafael Vásquez había estado allí, en aquella casona medellinense, apenas liquidada su fallida y descabellada aventura agrícola en la isla antillana.

Regresaba a la ciudad natal al cabo de más de veinte años de aquel extraño exilio que nada había estabilizado en su vida. Nada tenía ahora de común con el medio original. Ni siquiera estaba en posesión —ahora menos que nunca— de sí mismo.

Después de una tan larga ausencia y de las reiteradas frustraciones universitarias en Inglaterra y Francia; fracasadas sus ambiciones y

empresas en Puerto Rico donde pensó establecer un ingenio azucarero financiado por sus tías y en sociedad con ellas, ahora, de retorno, después de haber perdido a tontas y a locas una verdadera fortuna, se sentía más como extranjero que como un repatriado.

Desarraigado, indeciso, durante aquellos días de voluntaria reclusión en la espaciosa mansión de San Benito, al lado de las ancianas, su compasión por sí mismo se había convertido en un sentimiento aún más agudo y penoso. A él se mezclaba en su interior un cierto desprecio de sí que nunca antes sintiera y que permanecía en él muda y pasivamente.

De un modo confuso había deseado en ese final retorno de liquidación y fracaso, que algo radical y violento cerrase en definitiva sus caminos. Quería, de algún modo impensado y subconsciente, que las viejecitas atasen al fin su bolsa que siempre fue tan pródiga.

Ellas estaban poco menos que arruinadas, pero seguían siendo tímidas y suaves en el dar como siempre. Vásquez sentía que un choque abrupto en ellas, después de tan prolongada expoliación, había de liberarlo en cierto modo de sí mismo.

Pero no hubo choque. Ni siquiera la recriminación más leve. Solo aquella bondad un poco triste, sin reclamos, y aun sin la insistencia tierna y admonitoria que la hubiese hecho más ponderosa.

Fueron en realidad unos días muy amargos. Y por completo diferentes de todos los que aquel hombre había vivido en el tiempo pasado. Cuando terminaron, Rafael Vásquez se marchó a la costa chocoana para iniciar la empresa bananera de Tibugá que era su último sueño.

La casa de San Benito fue hipotecada para financiar la quimera. Solo quedaba libre aquella casita medio ruinosa de El Picacho, recatada entre los mangos, perdida entre los tamarindos. Allá se fueron las ancianas. Debieron morir apaciblemente a la orilla de su paisaje, sin haber vivido...

* * *

En la cabaña playera, erguida sobre sus zancos de palma, en esta otra orilla del mar, inmensamente distante del Golfo de Tibugá, en cuanto subimos, se pudo ver que no había nada. Era una habitación única. Estaba literalmente cubierta por una montaña de botellas vacías. En el único rincón libre había un camastro abandonado.

El negro Dimas se estuvo quieto y callado durante unos largos minutos, mientras yo miraba. Luego me dijo, como si concluyera un largo relato mucho atrás comenzado:

—Cuatro años se estuvo allá trepado el patrón Rafael. Bebía sin descanso y, a lo último, ya no comía casi nada. Pero ya ve, señor, era grandote y gordo. Tenía el pelo renegro y unas barbas que le llegaban al pecho. De pronto se murió. Lo enterramos como él quería, a la orilla del mar, al pie de una palma. Pero a fines del año pasado el mar se nos metió tanto que se llevó la sepultura...